

SECCIÓN ESTUDIANTIL

COLOMBIA: UN ACTO DE CONCIENCIA. PEQUEÑA REFLEXIÓN SOBRE LA IDENTIDAD NACIONAL DE LOS COLOMBIANOS

Mayxue Ospina Posse *

Hace algún tiempo tuve la mala suerte de ir a parar a una especie de residencia universitaria ubicada en el barrio Chapinero de la ciudad de Bogotá. La casa era bastante vieja y estaba llena de arreglos recientes en cada uno de los rincones. Vivían conmigo otras quince personas más, cada cual en un cuarto propio, aunque con poca privacidad.

La dueña del negocio era una mujer de unos cincuenta y cinco años, gorda, jorobada y con unos ojos duros como hierro y mal

forjados en las llamas de los malos tiempos. Se llamaba Martha Eugenia Puertas y en cada ocasión repetía con ahogada necesidad el origen noble de su cuna.

Además, de sus muchas rarezas —se trataba del ser más extraño del universo— me llamó la atención en ella esa insistente forma de referirse a los colombianos en un tono que no daba cabida a ninguna afirmación sobre aspectos positivos de nuestra identidad. “¡La malicia indígena hermana!”, —decía riendo entre carcajadas quedas, oxidadas

* Estudiante de Historia segundo semestre.

y sobre todo estridentes—, luego de haber relatado otra de las muchas maneras en que logró sobrevivir los tiempos duros en Europa.

Martha Eugenia había viajado por el mundo en su juventud. Había vivido en París, Londres, Barcelona, Estados Unidos y México, y en cuanto podía o se le presentaba la oportunidad, se sentaba largas horas en la palabra a establecer las marcadas diferencias que “saltan a la vista” entre las sociedades europeas y la sociedad colombiana. Mientras las unas eran en esencia sociedades organizadas con más garantías y mejores oportunidades, al hablar de Colombia se refería a un conglomerado de indios mal alimentados donde los políticos se roban la plata, y la burocracia en general es una plaga que se prolifera para chuparnos la sangre a los colombianos. “Aquí toda la gente es una ladrona, eso vaya a Corabastos y ahí mismito se puede ver lo podrida que está esta vaina”. Luego contaba cómo cuando vivía en Francia, una amiga suya, colombiana, salía a la calle en camisilla durante el más crudo de los inviernos con la sola intención de hacerse gratuitamente de costosos abrigo de piel. “Nadie creía que con ese frío tan verraco una persona pudiera salir a la calle así. Ella entraba al almacén y mientras la cámara de seguridad daba la vuelta se enganchaba el abrigo. Luego salía del almacén y lo revendía ¡carísimo! De eso vivía ella”. Al narrar estos episodios Martha Eugenia se ahogaba de la risa diciendo que “es que los colombianos sí somos una cosa bien jodida, hermana”.

Martha Eugenia quisiera haber nacido en Europa y no cargar consigo el karma de la colombianidad. Siempre se sintió “de tipo europeo” y al pronunciar estas palabras se le iluminaban los ojos como si ello la elevara por encima de todos los demás. Al preguntarle que si admiraba tanto esa cultura porqué no se ha-

bía quedado a vivir allá, ella asumía un tono de gravedad, sus ojos se iban al olvido y respondía como saliendo de un trance siempre en expresiones distintas no muy coherentes con el imaginario marthaeugeniano sobre la vida en Colombia: “es que finalmente uno como que extraña esta vaina”, “es que yo quería que las niñas creceran aquí”, “es que me tocó volver porque no había más plata”.

Si la vida era tan perfecta y organizada en aquellos países a diferencia de como era (o bueno admitámoslo, es) en Colombia, es ilógico y contradictorio que Martha Eugenia haya realmente deseado regresar sólo para darle a sus hijas la oportunidad de crecer en un país que ni siquiera considera legítimo. O que — todavía más ilógico— se haya visto obligada a volver a Colombia porque en Europa se varó por plata.

En lo personal creo que Martha Eugenia volvió buscando (aunque tal vez sin saberlo del todo) sus verdaderas raíces al no sentirse aceptada como europea en una cultura europea. De alguna forma volvió aquí arrastrada por el rechazo de los franceses y los ingleses a su forzoso intento por construirse una identidad distinta a la que le había dado la cuna en Colombia. Pero en todo caso Martha Eugenia volvió a establecerse en Colombia y desde entonces le guarda un sordo rencor que crece en su interior como enredadera en las paredes de una casa abandonada. Odia a los colombianos, pues culpa a Colombia de sus fracasos y frustraciones, pero odia a los europeos y a los gringos por no haberla aceptado en su cultura. Y a pesar de la aparente gran admiración que dice sentir por sus sociedades, de vez en cuando se le escapa uno que otro comentario a propósito del ren-

cor ahogado que habita el subsuelo de su conciencia.

Cuando abandoné la residencia, miles de preguntas y de imágenes invadieron mis espacios en blanco sobresaturándome de códigos ilegibles. Durante mucho tiempo llevé conmigo la presencia inopacable de esta mujer, la dureza de sus juicios, el discurso contradictorio que usaba para defenderse de una realidad que parecía agredirla a diario. Algo estaba oculto tras la cortina de su lenguaje, y era algo que me molestaba y me agredía enormemente.

¿Qué había detrás de su rechazo a Colombia, de su necesidad de reconocerse y ser reconocida distinta (y mejor) de sus otros conciudadanos?; ¿por qué rescataba como elementos de identidad nacional la "malicia indígena" y la capacidad de sobrevivir a costillas de los demás (la reventa de abrigos de piel)?; ¿qué era lo que la obligaba a reiterar varias veces a la semana su pertenencia a una familia "de clase"?; ¿por qué para ella era un orgullo ser "de tipo europeo"?; ¿por qué estaba tan confundida?; ¿por qué estaba tan conflictuada?; ¿por qué me afectaba tanto en lo personal y me producía esa sensación insoportable de envenenamiento en el interior de mi conciencia colombiana? Desde ese entonces he sentido la necesidad vital de reivindicar mi propia identidad a este polifacético caos que llamamos Colombia. ¿Qué es ser colombiano?, ¿qué implicaciones se desprenden de ser colombiano y hasta qué punto es posible rescatar elementos positivos que nos identifiquen como nación? A continuación, una pequeña reflexión sobre la identidad nacional de los colombianos. El legado de Martha Eugenia.

Identidad. Para qué una nación

Podríamos definir identidad como la necesidad humana de sentirnos parte de algo a partir de la elección de puntos referenciales específicos. La identidad sería entonces una conjugación personal de distintos elementos sociales y por ende una construcción eminentemente social y cultural. La búsqueda de la identidad es una búsqueda de delimitaciones. Buscamos delimitar un territorio dentro del que nos sea posible incluir aquello que elegimos ser y excluir aquello que elegimos no ser. La identidad implica entonces, un criterio de selección personal, pero que no está necesariamente exento de imposiciones (quiero decir, la nacionalidad, por ejemplo).

Según la Real Academia de la Lengua Española, identidad es la cualidad de ser idéntico. Y ese ser idéntico implica en primera instancia un lugar de homogeneización, un punto de referencia, es decir, a qué se es idéntico, y cabe preguntar, para qué se es idéntico. Este tipo de construcciones simbólicas no existiría si no fuera necesaria una delimitación de fronteras (¿culturales?). En otras palabras, al delimitar un territorio (al apropiarse de unos elementos sí y de otros no) se está eligiendo pertenecer a ese territorio y no a otro. La identidad parte entonces, del principio de la diferencia. Si no existe algo diferente a lo que se es, no es necesario afirmarse sobre ningún tipo de construcciones. Se es idéntico a algo —o a alguien— para ser distinto de otro. De aquí que la nación haya sido históricamente uno de los principios más fuertes en la construcción de la identidad. La nacionalidad es, de hecho, casi el primer punto de referencia que tenemos para afirmarnos en lo que somos. Es por eso

que una construcción débil y difusa en la identidad nacional de un pueblo puede traer consecuencias muy serias en cuanto a un presente conjunto y unas finalidades futuras, como creo que es el caso de Colombia.

Pero antes de pasar a analizar más de cerca cómo ha sido el proceso de construcción de la identidad nacional en Colombia, valdría la pena detenernos un momento en un punto que autores como Miguel Ángel Urrego¹, han utilizado para introducir el problema de nación e identidad nacional en Colombia. Se trata de la tendencia progresiva de apertura y difuminación de las fronteras nacionales a raíz de la globalización, y de cómo este hecho —según algunas posturas— tarde o temprano terminaría eliminando las identidades nacionales en aras de nuevas construcciones “de identidades multilingüísticas y pluriculturales”².

De ser así, en estos momentos estaríamos teorizando absurdamente acerca de una abstracción obsoleta que en algún momento de la historia hará su desaparición, pero aún así yo me pregunto, ¿qué posibilidades de participación en un mundo sin fronteras, tendría un país que como Colombia no ha logrado consolidar positivamente su identidad a lo largo de dos siglos, y al que cuesta tanto trabajo reivindicar los abismos culturales que la diversifican? Sobre esto último afirma Jesús Martín Barbero³, en un país que hoy reclama la memoria multicultural de sus minorías perdida por mucho tiempo en el

“monolingüismo y la uniterritorialidad”, es necesario repensar la identidad nacional ya no “como la expresión de una sola cultura homogénea, perfectamente distinguible y coherente”, sino como una expresión de muchas voces que revalorice el sentido de lo nacional desde la diversificación y la riqueza.

Colombia: nación o casualidad equívoca. Problemas en la construcción de una nación

Tres problemas iniciales han intervenido notablemente en la conformación de la nación colombiana. El primer problema se presenta cuando nos encontramos con una diversidad étnica y cultural demasiado numerosa y llena de abismos, esto último agravado por la formulación de proyectos excluyentes de conformación nacional desde el hispanismo. Los intentos de homogeneizar al pueblo colombiano desde una lengua y una religión han sido insuficientes, torpes e incapaces de reconocer la diversidad como principio base de la nación colombiana. Esto hizo que durante mucho tiempo gran parte de la población en Colombia se viera excluida y apartada de la vida nacional, y en un grado extremo de desatención e indiferencia a sus problemas por parte del Estado. No es gratuito que éste último haya ido poco a poco perdiendo legitimidad frente al común de la población.

1 Urrego, Miguel Ángel, “Mitos fundacionales, reforma política y nación en Colombia”, en: *Revista Nómadas*. Departamento de Investigaciones Universidad Central, no 8, Bogotá, marzo - septiembre de 1998, págs. 10 y sigs.

2 Urrego, Miguel Ángel, “Mitos fundacionales, reforma política y nación en Colombia” en: *Revista Nómadas*. Departamento de Investigaciones Universidad Central, no 8, Bogotá, marzo - septiembre de 1998, págs. 10 y sigs.

3 Barbero, Jesús Martín, “El futuro que habita la memoria”, en: Gonzalo Sánchez y María Emma Wills (compiladores), *Museo, memoria y nación*, Ministerio de Cultura, Bogotá, abril de 2000, págs. 33 y sigs.

Un segundo problema en la conformación de la identidad nacional en Colombia lo plantea Jesús Martín Barbero en su texto "El futuro que habita la memoria". Dice Barbero, que la identidad es sobre todo comunicación. La comunicación podría en una nación tan diversa como Colombia, eventualmente saldar los abismos raciales y culturales existentes en cuanto permite la difusión de lo regional, el intercambio de cultura y el conocimiento del otro. Sin embargo, en Colombia hace apenas cincuenta años se introdujo la radio a la vida nacional, y durante mucho tiempo las vías férreas de comunicación eran pensadas exclusivamente para el comercio (centrado en el río Magdalena) haciendo aún más profundo el aislamiento de regiones.

El tercer problema de base lo encontramos en la inexistencia de lo que Miguel Ángel Urrego llama los "mitos fundacionales" de una nación (mitos fundador, de combate y de finalidad). A diferencia de otros países de Latinoamérica como México y Perú, afirma URREGO, en Colombia no hubo un mito fundador lo suficientemente fuerte y unificador de un origen precolombino que rescatara unas raíces comunes. Tampoco fueron rescatados los mitos de combate y de resistencia indígena a la conquista de los españoles. Es apenas comprensible que ante estas carencias de fondo, en una nación recién "inventada" como lo era la Nueva Granada del siglo XIX, el primer reconocimiento de identidad sea desde la negación de los peninsulares, de un hispanismo que sin embargo, les dejaba una herencia cargada de símbolos y significaciones culturales tan importantes como la religión católica y la lengua castellana.

Elementos de construcción de la identidad nacional en Colombia

Durante mucho tiempo la identidad nacional en Colombia pasó antes por el filtro del bipartidismo. Para ser colombiano había antes

que ser liberal o conservador. Dice Urrego que la carencia de un mito fundador en el mundo precolombino, y de los mitos de combate y resistencia a lo largo de la conquista, fueron sustituidos por los mitos de Bolívar y Santander con las campañas libertadoras. Pero lejos de unificar una nación que surgía débil de una historia dolorosa, la dualidad de criterios sobre cómo conformar un proyecto nacional desde las libertades o el orden, desembocó en la fragmentación irreconciliable de las estructuras políticas.

Quisiera destacar aquí dos aspectos que me parece han sido esenciales en el proceso de construcción de la identidad colombiana. Uno de ellos corresponde al imaginario de nación y ciudadano ideal que es posible vislumbrar en los proyectos políticos del siglo XIX y de principios del XX. El otro, corresponde a la poderosa exclusión que se desprende de ese imaginario.

Algunos autores que han incursionado en el tema de nación e identidad nacional en Colombia, ubican en la regeneración el proyecto más fuerte de conformación nacional que hemos tenido los colombianos. En esa medida, es preocupante el carácter altamente excluyente que se desprende de un proyecto nacional que propone un ciudadano idealmente blanco, católico y por supuesto, conservador. Y esto último, agravado por la representación de este ideal de ciudadano en los campos del arte y la historia, que como memoria de una colectividad por lo demás en esencia diversa, resulta sobre todo fraudulento. Porque frente a esta categorización de lo colombiano cabría entonces preguntarse: ¿Era colombiano un liberal, un mulato, un indígena que no profesara la religión católica? ¿Qué garantías podía tener un hijo de Colombia si ni siquiera estaba incluido en la connotación social de ciudadano? ¿Qué puede hacernos idénticos ante un Estado que no nos cobija por igual? ¿Qué nos ata como na-

ción si a sabiendas de nuestro múltiple origen hemos estado permanentemente tratando de volvernos blancos?

La conciencia es el único camino

Las lecturas recientes que he hecho sobre el tema de identidad nacional en Colombia han logrado reivindicar un poco mi perspectiva sobre el asunto. Ser colombiano no es fácil. Hay una carga muy fuerte del pasado que pesa sobre nuestra valoración nacional y nos dificulta respirar tranquila y conjuntamente como un solo cuerpo invisiblemente conectado. Si los colombianos nos diéramos a la tarea de conocer y estudiar críticamente la historia del país, seguramente sería más sencillo enfrentar y asumir una colombianidad desde la conciencia del pasado. Creo que en ese sentido hay una responsabilidad muy grande por parte de los historiadores a quienes corresponde la tarea de recuperar la memoria perdida. No es fácil, cuando hasta hoy

empieza a reconocerse el valor de esas otras historias nunca antes contadas que se ramifican y se encuentran en el silencioso desierto del pasado.

Cuando pienso en Colombia, ya no pienso en la dolorosa imagen de una casa abandonada, envejecida y llena de goteras. Pienso sí, en esa co-razza que los colombianos llevamos por fuera, en las cicatrices, en el cansancio vitalicio que viene con la muerte viajera. Pienso en el miedo de un pueblo, en el miedo de un niño, en esa tristeza inmóvil de ver derrumbarse una casa gigante en la que se ha vivido y a la que se ama.

Cuando uno ama a un país, y se mueve con él, y se acuesta y se levanta todas las mañanas con él, y lo piensa y lo sueña y lo habita, es inconcebible quedarse dormido, no despertar. Colombia nos está pidiendo la vigilia, Colombia nos necesita cuerdos y lúcidos. Construir es un acto de conciencia.